

Diane Cook

# Una nueva tierra salvaje

Traducción del inglés de Inés Clavero  
y Montse Meneses Villar



Galaxia Gutenberg

Serie dirigida  
por Edurne Portela

Títulos publicados:

*El rey en la sombra*, Maaza Mengiste

*Luces de invierno*, Irati Elorrieta

*Una nueva tierra salvaje*, Diane Cook

*Sin tocar el suelo*, Jokin Muñoz

DIANE COOK

# Una nueva tierra salvaje

Prólogo de  
Eduarne Portela

Traducción de Inés Clavero  
y Montse Meneses Vilar

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The New Wilderness*  
Traducción del inglés: Inés Clavero Hernández y Montse Meneses Vilar

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2022

© Diane Cook, 2020  
© de la traducción: Inés Clavero y Montse Meneses Vilar, 2022  
© del prólogo: Edurne Portela, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: gama, sl  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 135-2022  
ISBN: 978-84-18807-89-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para mi madre, Linda, y mi hija, Cazadora  
Y para Jorge*

... me alegro de que nunca vaya a ser joven sin una tierra salvaje en la que serlo.  
¿De qué sirve toda la libertad del mundo sin un punto virgen en el mapa?

ALDO LEOPOLD  
Traducción de  
Ana González Hortelano

Get me out of here, get me out of here  
I hate it here, get me out of here

ALEX CHILTON

Primera parte

LA BALADA DE BEATRICE

El bebé emergió con el color de un cardenal. Bea quemó el cordón umbilical en algún punto entre ambas, lo desenrolló del frágil cuello de la niña y, aunque sabía que era en vano, levantó a su hija, le dio unos golpecitos en el pecho blando y le insufló aire varias veces en la boca viscosa.

A su alrededor se expandía el canto peculiar de los grillos. A Bea le escocía la piel por el calor. El sudor se le secaba en la espalda y el rostro. El sol había alcanzado su punto más alto y, antes de que se diera cuenta, caería de nuevo. Desde el punto donde estaba arrodillada, distinguía el Valle, con su salvia y sus pastos secretos. A lo lejos se alzaban cuellos volcánicos solitarios y, más cerca, unos montículos de barro que parecían hitos que indicaban el camino a algún lugar. En el horizonte, la Caldera se veía blanca y definida.

Bea se puso a excavar la tierra dura con un palo, a continuación con una piedra, hizo un hoyo y lo alisó con las manos. Metió dentro la placenta. Luego a la niña. El agujero no era muy hondo y la barriga del bebé sobresalía. El cuerpecito, húmedo tras el parto, retenía la arena gruesa y unos minúsculos capullos dorados separados de sus tallos por el calor del sol. Bea le espolvoreó un poco más de tierra sobre la frente, sacó unas hojas verdes marchitas de su zurrón de piel de ciervo y se las puso encima. Cortó algunas ramas rugosas de salvia que había alrededor y las colocó sobre la tripa hinchada y los hombros ridículamente estrechos. El bebé era un bulto deforme de verde vegetal, de rojo sangre oxidado, un mapa apagado de venas violáceas bajo el tejido mojado.

Los animales, que lo habían percibido, empezaban a con-

gregarse. En el cielo, un ciclón de águilas ratoneras bajó como si quisiera comprobar el progreso y, después, con una corriente de aire, se elevó. Bea distinguió el mullido andar de los coyotes, que se abrían paso entre la salvia floreciente. Una madre y tres crías escuálidas aparecieron bajo una sombra discontinua. Oyó, entre bostezos impasibles, que sus gemidos se mitigaban. Esperarían.

Se levantó viento y Bea inspiró el calor terroso. Echaba de menos el olor a cerrado de la sala del hospital donde haría unos ocho años había dado a luz a Agnes. La manera en que el camisón que le daba picores se le había estirado por el pecho y se le había enredado al intentar volverse hacia un lado. El aire fresco que sentía en las caderas, entre las piernas, donde el médico y las enfermeras miraban fijamente, donde hurtaban y de donde sacaron a Agnes. Había odiado aquella sensación. Estar tan expuesta, manipulada, como un animal. Sin embargo, aquí era todo tierra y aire caliente. Aquí había tenido que guiar ella misma el pequeño cuerpo hacia la salida con una mano —¿estaba embarazada de cinco meses? ¿De seis? ¿Siete?— mientras con la otra había espantado a una urraca que bajaba en picado. Había querido estar sola en ese momento. Pero qué no habría dado por una mano enguantada que la explorara, por sentir el aire viciado y recirculado, el zumbido de las máquinas, por estar sobre unas sábanas limpias antes que sobre la tierra del desierto. Por un poco de comodidad aséptica.

Qué no habría dado por su madre.

Les chistó a los coyotes. «Largo», les dijo, tirándoles la tierra y los guijarros que acababa de remover. Pero ellos se limitaron a echar las orejas hacia atrás, la madre se sentó sobre los cuartos traseros y las crías empezaron a molestarla, mordisqueándole el hocico. Probablemente se había desviado del resto de la manada para conseguirles algo a sus cachorros o para que pudieran entrenarse buscando comida, el entrenamiento de la supervivencia. Eso es lo que hacían las madres.

Bea espantó una mosca que se acercaba a los ojos del bebé, que en un primer momento había parecido tener la ex-

presión desconcertada de haber fracasado, pero que ahora parecía acusadora. La verdad era que ella no había querido al bebé. No aquí. Habría estado mal traerlo a este mundo. Es lo que había sentido durante todo ese tiempo. Pero ¿y si la niña hubiera percibido su terror y hubiese muerto por no ser deseada?

A Bea le costaba hablar y le dijo: «Así es mejor». Los ojos de la niña se empañaron con las nubes que pasaban por encima.

Una vez durante una caminata nocturna, en la época en que había tenido linterna y aún le quedaban pilas para encenderla, había atrapado dos ojos relucientes en el haz de luz. Dio unas palmadas para ahuyentarlos, pero solo consiguió que el animal bajara la mirada. Era alto, pero estaba agazapado, quizá sentado, y Bea temió que la estuviese acechando. Se le aceleró el corazón y aguardó el terror frío que por aquel entonces ya había sentido en un par de ocasiones. La sensación de estar en peligro. Sin embargo, no llegó. Bea se le acercó. De nuevo la criatura estaba con la mirada gacha, suplicante, como un perro obediente pero sin ser un perro. Tuvo que aproximarse más hasta descubrir que era una cierva con el lomo inclinado y las orejas en punta, que agitaba la cola resignada. Entonces vio otro ojo, pequeño, en la luz, que no la miraba, sino que se estremecía, tembloroso. La cierva se levantó y, acto seguido, el ojo tembloroso se tambaleó también para ponerse en pie. Era un cervatillo reluciente que se sostenía sobre sus inestables patas de palillo. Sin saberlo, había presenciado un nacimiento. En silencio, a oscuras. Bea se había topado sigilosamente con la madre, como un depredador. Y en ese momento el animal no había podido más que bajar la cabeza como pidiéndole que le perdonara la vida.

En aquella época había pocas cosas de las que Bea se permitiría arrepentirse, en esos días impredecibles en los que no había más que supervivencia pura y dura. Pero aquella noche le hubiera gustado caminar por otro lado, no haber encontrado esos ojos en la luz, y que la cierva hubiera podido parir, acariciar y limpiar a lametazos a su bebé, que hubiera podido tener la oportunidad de darle una primera noche perfecta antes de

que comenzara la tarea de supervivencia. Sin embargo, la cerva se había alejado con pasos pesados, agotados, seguida del cervatillo desorientado y trastabillante, y ese había sido el comienzo de su vida juntos. Por eso, hacía días, cuando Bea dejó de sentir las patadas, los hipos y las palpitaciones y comprendió que el bebé había muerto, supo que quería estar sola durante el parto. Sería el único momento que tendrían juntas. No quería compartirlo. No quería que nadie fuera testigo de su complicada versión del duelo.

Bea escudriñó a la madre coyote. «Tú lo entiendes, ¿verdad?».

Impaciente, la hembra dio un brinco y se lamió los dientes amarillos.

A lo lejos, desde alguna sierra no muy alta, de una de las muchas estribaciones que estaban por llegar, oyó un aullido triste; algún lobo observador había visto a los pájaros carroñeros y señalaba que había una presa.

Tenía que irse. Se estaba ocultando el sol. Y ahora los lobos lo sabían. Había observado que su sombra se había alargado y estrechado, algo que siempre la entristecía, como si estuviera viendo su propia muerte por inanición. Se puso de pie, estiró las rodillas que tenía marcadas por la arena y se sacudió el desierto de la piel y el sayo. Se sintió ridícula por haber intentado resucitar lo que sabía muerto. Pensó que la Reserva la había despojado de todo sentimentalismo. No le contaría a nadie ese momento. Ni a Glen, quien parecía querer una hija propia más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Tampoco se lo diría a Agnes, aunque sabía que querría conocer la historia de la hermana que no llegó a materializarse, desearía comprender todos los detalles secretos de su madre. No, se ceñiría a los datos básicos. El bebé no había sobrevivido. Como tantos otros. Pasemos a otra cosa.

Se dio la vuelta sin volver a mirar a la niña que había querido llamar Madeline. Le asestó una patada a la madre coyote que fue a parar a sus visibles costillas. El animal soltó un gáñido, se escabulló y luego le enseñó los dientes, pero tenía preocupaciones más importantes que entrar al trapo con un insulto humano.

Bea oyó el enfrentamiento y los aullidos tras ella. Y aunque la excitación en aumento de los perros se parecía al llanto de un recién nacido, sabía que era simplemente el sonido del hambre.

Un atisbo inequívoco de camino llevaba hacia el campamento. Costaba distinguir si era del propio impacto de la Comunidad, de animales que creaban sus propios senderos, o un vestigio de lo que había sido la tierra antes de convertirse en el Estado de la Reserva. A lo mejor había sido ella sola quien lo había marcado. Visitaba el lugar tanto como podía siempre que migraban por el Valle. Por ese motivo lo había escogido para Madeline. Ofrecía unas vistas que tenían algo sutil. Parecía un valle escondido. La depresión de hierbas verdosas y arbustos agrestes se encontraba ligeramente más baja que la tierra alrededor, por lo que ofrecía vistas secretas al horizonte y a los montes oscuros que había allí. Todo el terreno visible formaba un mosaico de colores borrosos y apagados. Era hermoso, tranquilo y reservado, pensó. Un sitio de donde alguien no querría irse. De nuevo, sintió un alivio fugaz por que Madeline se quedara allí y no tuviera que enfrentarse a un paisaje impenetrable con ella, una madre que se sentía incapaz de apañárselas en él con gracia.

Oía las voces de los demás en el campamento. Le llegaban por el terreno llano y vacío y caían a sus pies. Pero no quería volver con ellos y sus preguntas o, lo que sería peor, su silencio. Se desvió y subió las rocas hacia la pequeña cueva donde a su familia le gustaba ir a pasar el rato. Su guarida secreta. Vio a su marido, Glen, y a su hija, Agnes, en lo alto, arrodillada en la tierra, que estaban esperándola.

Glen fruncía el ceño concentrado mientras daba vueltas en la mano a una hoja que cogía por el tallo, la escudriñaba desde todos los ángulos, y le señalaba algo en el nervio a Agnes para que se fijara en un detalle destacado dentro de su forma común. Ambos se inclinaron para observarla más de cerca, como si la hoja les estuviera contando un secreto, y sus rostros adoptaron una expresión de embeleso.

Cuando Glen la vio aproximarse, la saludó y le indicó con la mano que se acercara. Agnes hizo lo mismo, agitó el brazo con un gesto amplio y torpe, sonriendo con el diente que se había partido hacía poco en una roca. *¿Por qué no podría haber sido un diente de leche?*, había pensado Bea, con la cabeza de su hija entre las manos, mientras evaluaba los daños bajo el labio brillante, ensangrentado. Agnes se había quedado quieta sin decir nada y le cayó una lágrima que le recorrió la cara sucia. Fue la única manera que tuvo Bea de saber que el accidente la había perturbado. Como un animal, Agnes se paralizaba cuando tenía miedo y huía cuando se sentía en peligro. Imaginaba que eso cambiaría cuando se hiciera mayor. Que se sentiría menos como una presa y más como un depredador. Era algo que había en la sonrisa de su hija, un conocimiento al que no podía ponerle nombre. La sonrisa de una niña que esperaba su momento.

«Es un aliso», decía Glen cuando llegó Bea. Él le cogió la mano y la besó con ternura hasta que ella la retiró a un costado. Vio que le miraba el vientre y se estremecía.

Él había preparado agua caliente en una tosca escudilla de madera, pero ahora ya estaba a temperatura ambiente. Bea se agachó junto a ellos, se levantó el sayo y separó las rodillas. Se echó agua por debajo del faldón y con cuidado se lavó la entrepierna, los pliegues estirados, ajados, los muslos salpicados. Se sentía en carne viva, pero sabía que no se había desgarrado.

Agnes adoptó la misma postura, abrió sus menudas piernitas de rana y comenzó a echarse un agua imaginaria, observando atentamente a Bea. Parecía decidida a no mirar donde había estado el bebé.

Se encontraba en una especie de fase en la que lo imitaba todo. Bea lo veía en los animales. Lo había visto en otros niños. Sin embargo, en Agnes había algo que la desarmaba. Hasta hacía poco la había entendido. Más o menos en la época en que las hojas habían cambiado de color, Agnes se había convertido en una desconocida para ella. No sabía si esa brecha era algo que todos los padres experimentaban con sus hijos, o

si era cosa de madres e hijas, o si se trataba de alguna dificultad especial por la que ellas tendrían que pasar.

Aquí a Bea le costaba descartar las cosas normales porque todos los aspectos de su vida eran de todo menos normales. ¿Se comportaba Agnes de un modo habitual para su edad o cabía la posibilidad de que se creyera lobo?

Acababa de cumplir ocho años pero no lo sabía. No contaban los cumpleaños porque no contaban los días. Pero cuando llegaron, Bea se había fijado en varias flores que acababan de florecer. Y al cabo de poco Agnes cumplió cinco años. Era abril en el calendario. Durante los primeros días de caminata, Bea había visto un campo de violetas. Cuando volvió a verlas, le pareció probable que hubiera pasado un año: habían sentido el calor del verano, habían visto cambiar el color de las hojas y habían tiritado en las montañas nevadas. La nieve había desaparecido. Había visto violetas cuatro veces. Cuatro cumpleaños. Sabía que en algún momento desde la última luna llena había sido el cumpleaños de la niña, cuando había visto violetas en una zona con hierba cerca de donde habían acampado por última vez. Cuando habían llegado, Agnes estaba tan enferma que Bea no sabía si volvería a ver violetas con su hija. Pero ahí estaban, y Agnes saltaba entre ellas.

Bea se arrastró hacia el fondo de la cueva. Detrás de una roca, de un hueco que había hecho la primera vez que habían acampado ahí, sacó un cojín y una revista de arquitectura y diseño donde había salido una de sus reformas de decoración. Era de tirada nacional y la publicación había supuesto un momento clave en su carrera, aunque poco después, se había ido a la Reserva. Esos eran sus tesoros secretos que había traído escondidos de la Ciudad, y más que irlos cargando de un sitio a otro, exponiéndose a que la ridiculizaran o a que se deterioraran en contacto con los elementos, los escondió e hizo caso omiso de las reglas especificadas en el Manual. Cada vez que pasaban por el Valle, algo que hacían varias veces al año, Bea desenterraba sus tesoros para poder sentirse un poco más ella misma.

Se sentó junto a Glen y abrazó el cojín. Después se puso a hojear las páginas de la publicación, recordando las decisiones que había tomado y por qué. Recordando qué se sentía al tener un hogar.

–Si los Agentes Forestales encontraran esto, tendríamos un problema –dijo Glen, como cada vez que ella sacaba sus tesoros, siempre tan preocupado por cumplir las normas.

Ella frunció el ceño.

–¿Y qué van a hacer? ¿Echarnos por un cojín?

–A lo mejor sí. –Glen se encogió de hombros.

–Relájate. No lo van a encontrar nunca. Y yo lo necesito. Necesito recordar cómo son los cojines.

–¿Es que yo no soy buen cojín? –dijo con mucha dulzura.

Bea lo miró, Glen estaba en los huesos. Ambos lo estaban. Hasta su barriga, que apenas había sobresalido con el bebé, parecía haberse hundido enseguida. Cuando lo miró, él esbozó un amago de sonrisa. Ella asintió. Y él también. Luego exageró un bostezo, largo, lánguido y sonoro, mirando a Agnes, que la imitó estirándose con los puños cerrados.

–Mañana es un día importante –dijo Glen–. Empezamos el viaje para llegar al Control Medio. Y de camino cruzaremos tu río favorito.

–¿Podremos nadar? –preguntó Agnes.

–Tenemos que meternos en él para cruzarlo, así que sí.

–¿Cuándo?

–Probablemente dentro de unos días.

–¿Cuánto son unos días?

Glen se encogió de hombros.

–¿Cinco días? ¿Diez? ¿Unos cuantos?

Agnes resopló.

–Eso no es una respuesta.

Glen le dio un empujón suave y rio.

–Llegaremos cuando lleguemos.

Agnes frunció el ceño como Bea.

–¿Ya está todo recogido? –preguntó Bea.

–Casi todo, sí. Tú no te preocupes.

Bea le dio un buen apretón al cojín que tenía en el regazo.

Estaba húmedo y olía a rancio, pero le daba igual. Enterró en él la cara y se imaginó que podía transferirle amor a su niñita. Suspiró y levantó la vista.

Agnes la observaba, abrazando el aire, fingiendo que también tenía un cojín, o tal vez a su propio bebé, con la misma sonrisa agrisada que Bea acababa de esbozar.

El ajetreo y el ulular de los búhos se fueron aquietando con el atardecer.

En el campamento algunos miembros de la Comunidad permanecían junto a la hoguera, pero la mayoría estaba en el círculo que formaban alrededor para dormir. Bea y Glen se acomodaron debajo de la piel de alce que usaban como ropa de cama. Como siempre, Agnes se colocó a sus pies. Con la mano le rodeaba el tobillo a Bea como si fuera una enredadera.

—A lo mejor hay algún paquete interesante en el Control —murmuró Glen—. Quizá haya chocolate o algo parecido.

Aunque Bea musitó una aceptación, la verdad era que ya no podía comer esas cosas sin que le sentaran mal, como si el cuerpo se le revolviera con lo que más le había apetecido en su vida anterior.

En vez de chocolate, hubiera preferido que Glen le hablara de la criatura que acababa de enterrar. O eso pensó. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué podía decirle que no supiera él ya? Y, ¿de verdad tenía ganas de hablar de ello? No. Y él también lo sabía.

Miró a Glen y con la luz de la hoguera vio un atisbo de esperanza en su rostro. Él sabía que el chocolate no podría aliviar una turbación como aquella, pero tal vez la sugerencia podía tener el mismo efecto que el del chocolate. Ella se acomodó entre sus brazos.

—Sí, no me iría nada mal un poco de chocolate —mintió.

A su alrededor, Bea oyó los sonidos del mundo salvaje mientras también se preparaba para irse a dormir. Los búhos de madriguera arrullaban y alguna otra bestia emitió un chillido; unos voladores nocturnos rozaban el cielo entre las estrellas. A medida que la hoguera se iba apagando con un siseo, oyó que los últimos miembros de la Comunidad iban a tiendas

hasta sus camas y se acurrucaban en ellas. Alguien dijo: «Buenas noches, gente».

Bea sentía el latido de la sangre en la mano caliente de Agnes que le asía el tobillo. Acompasó su respiración y la ayudó a concentrarse. *Tengo una hija*, pensó, *y no tengo tiempo para deprimirme*. Había alguien que la necesitaba aquí y ahora. Se prometió pasar página rápido. Es lo que quería. No le quedaba otra. Así es como vivían ahora.

El Río 9 bajaba impetuoso y crecía contra las orillas, y a la Comunidad le pareció completamente distinto al río al que estaban acostumbrados. Tanto que habían vuelto a consultar el mapa, intentando cotejar los símbolos con lo que había ahora y lo que su recuerdo insistía en que debería estar ahí. Desde que llegaron al Estado de la Reserva lo habían cruzado muchas veces. A partir de los encuentros que habían tenido con él en otros puntos, lo habían considerado un río remolón por cómo serpenteaba de un lado a otro entre rocas y tierra desde las faldas de la montaña hasta la pradera de artemisas. Tenían un vado que consideraban seguro, o todo lo que podía serlo el cruce de un río. Sin embargo, parecía como si una tormenta hubiera alterado la ribera y hubiera sumergido la parte de isla donde solían reagruparse antes de intentar llegar al otro lado. Era una islita muy práctica, pero ya no estaba y no sabían dónde podía estar el cruce. Tal vez la misma tormenta que los había retenido desde el último verano al otro lado de las montañas también había rehecho el río.

Primero bajaron ellos y después los niños a un pequeño rellano en la casi inexistente orilla donde crecían plantas, de un verde que se encontraba exclusivamente junto a los ríos. Estaban la hierba, el musgo y los árboles que resistían, tan delgados que podían quebrarse entre dos dedos, y sus hojas nuevas de primavera que se zarandeaban con su verde aceitunado. Fueron pasándose la ropa de cama enrollada, los morrales con carne ahumada, cecina, penmican, piñones que habían recolectado, preciadas bellotas, arroz salvaje, espelta, un manojo de cebollas silvestres, la tienda de ahumado desmontada, sus

carteras personales, arcos y flechas para cazar, la bolsa con escudillas de madera para comer y las astillas de madera y piedra que utilizaban como utensilios, la valiosa caja de valiosos cuchillos, la Bolsa de los Libros, el Hierro Colado, el Manual y las bolsas de basura que llevaban consigo para que en el Control los Agentes Forestales las pesaran y se deshicieran de ellas.

En el agua, un leño suelto, sin corteza ni ramas, cabeceaba y bajaba con la corriente a pesar de que no había árboles en los parajes. Debía de haber viajado desde las estribaciones de la montaña y el insólito torrente lo había llevado hasta allí. En un río más remolón, o en una parte más remolona, se habría quedado rezagado en un remolino aguas arriba o hubiera acabado en una orilla, pero aquí rodaba por los rápidos. Unos rápidos en los que ni habían reparado las veces anteriores que lo habían cruzado, cuando el caudal era escaso y las aguas bravas que pudiera haber eran como un finísimo sombrero que llevaban puesto las piedras del río. Vieron bajar otro leño, tras lo cual Caroline dio un primer paso tímido hacia el agua.

Ella era la guía que cruzaba el río. Era quien tenía el paso más firme y el centro de gravedad más bajo. Se agarraba al suelo con los dedos de los pies como si fueran los de las manos. Unos bonitos dedos que durante años habían estado desaprovechados en la Ciudad apretujados dentro de unos zapatos. Era la persona que más había aprendido sobre el comportamiento del agua. Se le daba bien entender cosas que parecían erráticas.

–Vale –gritó por encima del rumor del río, con los pies firmes y sumergidos en los primeros centímetros de agua mientras comprobaba la fuerza y decidía si debía continuar–. La cuerda.

Carl y Juan le alcanzaron un extremo, que se ató alrededor de la cintura y, a su vez, se dieron otra vuelta, Carl por detrás de Juan, y sujetaron la cuerda mirando a Caroline. Los niños y el resto de adultos se quedaron lo más lejos posible.

Ya habían intentado cruzar en otros dos puntos, pero Caroline, ya fuese con los pies en la tierra o metida en el río hasta la cintura, siempre acababa volviendo a la orilla. «Es demasia-

do hondo», o «va demasiado rápido» o «¿veis ese borde? Debajo del agua habrá un hoyo que se nos llevará».

En esta ocasión, la tercera, llegó a mitad de camino. Desde la orilla, parecía prometedor. Hizo una pausa y ladeó un poco la cabeza, como un coyote escuchando la llamada de la Reserva: *amigo o enemigo, amigo o enemigo*. Tenía las manos sobre las aguas bravas, que rompían contra su cuerpo y seguían su curso por detrás de ella. Caroline se volvió hacia el grupo y levantó una mano como si fuera a advertirles de algo. Justo cuando abrió la boca para hablar, salió a la superficie la punta de un tronco, se oyó un porrazo tremendo y de una zambullida Caroline desapareció.

A continuación, el río, como si se tratara de un oso al que hubieran despertado, tiró de la cuerda y Juan se desplomó. Intentó clavar los talones y empezó a berrear mientras la cuerda le apretaba la cintura. Carl tiraba de su lado, no para ayudarlo sino para que la cuerda se aflojara y evitarle a Juan el tormento que estaba sufriendo.

Bea permaneció atrás con el resto, sujetando a Agnes por la espalda. Se acordó de que antes siempre ponían a alguien con un cuchillo junto a los que estaban con la cuerda por si era necesario cortarla si sucedía algo como ahora. Pero nunca había pasado nada igual, y Carl y Juan decidieron que eran lo bastante fuertes para evitar una catástrofe como esta. Además, de todos modos, a nadie le hacía gracia ser el responsable de cortarla. Aun así, en cada río, tenían largas discusiones sobre si hacía falta o no que se preparara alguien para cortarla. Cuando decidían que era imprescindible, nadie se ofrecía voluntario, de modo que lo echaban a suertes y quien perdía se pasaba el rato cagado de miedo. Y como no ocurría nada malo, les fastidiaba haberse preocupado y esforzado tanto en balde. Así que al final, en realidad no hacía mucho, habían decidido que ya no necesitaban tener a nadie preparado para cortar la cuerda.

Era evidente que se habían equivocado.

De un gesto, Bea le cogió a Carl el cuchillo que llevaba en el cinturón, se lanzó y cortó la cuerda por delante de Juan, que

fue a parar a la orilla, donde se desplomó y aulló aliviado. Carl, maldiciendo, salió catapultado hacia atrás con los demás, y todos rodaron y se enredaron entre la maleza. Caroline, que en teoría seguía atada a la cuerda y lo más probable es que estuviera muerta, se precipitó río abajo.

Carl gateó para ponerse en pie.

–¿Por qué has hecho eso? –le gritó.

–No quedaba otra –dijo Bea mientras le devolvía el cuchillo y se lo metía en la funda que llevaba en el cinturón.

–Pero sí yo lo tenía controlado. Lo tenía controlado, joder.

–No, para nada.

Carl farfulló:

–Era la mejor cuerda que teníamos.

–Hay más.

–No como esa. ¡Era la que teníamos para los ríos!

–Ya conseguiremos otra.

–¿Dónde? –vociferó, mientras se tiraba de los pelos con exagerados gestos de frustración y miraba alrededor, al vacío de la Reserva. Aunque el sentimiento era real. Estaba que echaba chispas.

Bea no respondió. A lo mejor podía convencer a algún Agente Forestal para que les diera algo largo y grueso con la misma utilidad, pero no pensaba prometérselo. Advirtió que aunque nadie se había puesto de parte de Carl, tampoco la habían defendido a ella. Todos se habían apresurado a ocuparse con alguna tarea insignificante como inspeccionar morrales, quitarle algo del pelo a alguien o comerse una hormiga para pasar el momento. Excepto Agnes, que observaba con una neutralidad desconcertante.

Bea ayudó a Juan a ponerse en pie, y el doctor Harold corrió a aplicarle un ungüento en las heridas que le había provocado la cuerda en la cintura y en las manos. No serviría de mucho. Ninguno de los ungüentos del doctor hacía gran cosa.

Debra y Val corrieron a lo largo de la orilla para ver si Caroline reaparecía. Y así fue, unos treinta metros río abajo, con el pelo enredado entre las ramas de otro tronco, boca abajo y con el cuerpo flácido. Por un momento el cuerpo y el leño se

engancharon con algo, pero después se soltaron y bajaron por el río a toda velocidad. No había manera de recuperar la cuerda. Y no se podía hacer mucho por Caroline.

Dedicaron unos instantes a reagruparse, beber agua y pasarse el morral de cecina. Debra pronunció unas palabras amables sobre Caroline, mencionó que al ser la guía del río había sido fundamental para la supervivencia del grupo y la echarían de menos. «Me enseñó mucho sobre el agua», añadió visiblemente afectada. Caroline y ella habían sido muy amigas. Bea echó un vistazo a las caras de los demás, intentando descifrar qué sentían. Ella creía que Caroline había sido distante, pero se guardó la opinión para sus adentros. Se mordisqueaba un nudillo con impaciencia mientras aguardaba a que el ritual silencioso concluyera.

Después estuvieron debatiendo sobre la última intención de Caroline. Se había dado la vuelta y había abierto la boca para decirles algo sobre el vado. Pero ¿qué había querido decirles? Antes de que la golpeará el leño, ¿había intentado dar el visto bueno con el pulgar hacia arriba o poner el pulgar hacia abajo? ¿Qué expresión tenía antes de la mueca de sorpresa y dolor? Al final resolvieron que ese lugar seguía siendo el más prometedor para cruzar, a pesar de la desaparición de su compañera. Juan tomó el relevo y se aventuró sin cuerda por el río. Cuando se acercaba a la parte media, se dio la vuelta y les dio su aprobación. En fila india arrastraron los pies con cuidado, con los niños pegados a la espalda de los adultos. Resultó ser un vado bastante bueno, y si no hubiera sido por aquel leño, habrían llegado a la orilla opuesta fácilmente. Pobre Caroline. Tuvo mala suerte, decidió Bea.

Una vez los niños hubieron cruzado, los adultos fueron pasándose los artículos más pesados y voluminosos en cadena por encima del río: el Manual, el Hierro Colado, la Bolsa de los Libros, la basura, la ropa de cama, la tienda de ahumado desmontada, los morrales con comida, las escudillas de madera y las tablas de utensilios, después todos los fardos, uno por uno, de orilla a orilla. Y en cuanto volvieron a atar y colocarse los bártulos, echaron a andar otra vez. El sol los secó al mo-

mento. Escupían la tierra limosa que levantaban al pisar. Las caras les quedaron polvorientas y pringosas. Tapándose una fosa nasal, enviaban los mocos al suelo y caminaban penosamente por el campo de artemisas que se desplegaba como un mar a su alrededor.

Cuando la luna iluminó el camino, pararon a pasar la noche. Encendieron una pequeña hoguera y se dispusieron alrededor. No desenrollaron las pieles grandes ni sacaron las más pequeñas. Para lo que iban a dormir el esfuerzo no valía la pena. Al alba reanudarían la marcha. Cuando querían moverse rápido, funcionaban así.

En el horizonte Bea divisó el destello de una luz exterior que alumbraba el Control Medio. Estaban cerca.

—Solo un par de historias rápidas —dijo Juan y, bostezando, empezó a contar una de sus favoritas del *Libro de las fábulas*, que solían llevar en la Bolsa de los Libros pero que habían perdido en una riada hacía un tiempo. Las habían contado tantas veces que se las sabían de memoria.

Los niños se habían dormido encima de unos pequeños montículos al pie de la hoguera. Menos Agnes, que, como niña mayor de la Comunidad, insistía en quedarse despierta con los adultos para informar a los más jóvenes sobre las decisiones que se tomaran que pudieran afectarles. Aunque de noche y junto al fuego eso no pasaba nunca, simplemente le gustaba quedarse despierta. Bea no se lo discutía. Se regocijaba con la inquietud de Agnes. No olvidaba la etapa en la que había sido una niña frágil y delicada, tan enferma que era incapaz de mantener los ojos abiertos.

Bea se agachó junto a Glen, que soltaba gruñidos aplicado a la tarea que tenía entre manos.

—¿Cómo van esas flechas? —le preguntó sacudiéndole el hombro.

—Puntas de flecha —dijo él entre dientes—. Bien.

Estaba abstraído, esforzándose porque la punta quedara bien. Ella observaba desde atrás. No servirían. Las lascas eran

demasiado finas. Bea sonrió para animarlo. Glen era un pésimo cazador y era consciente de ello. Ella sabía que eso lo frustraba. El auténtico cazador de la Comunidad y proveedor de gran parte de la carne que comían era Carl. Por eso Glen intentaba mejorar en la fabricación de herramientas, quería ser de utilidad en el modo en que siempre había querido serlo. Pero a Carl, por supuesto, también se le daba muy bien fabricar puntas de flecha, y ya tenían de sobra. Aunque ella se ahorraría el comentario.

Vio que fruncía el ceño, concentradísimo. A pesar de sus limitaciones, aquí se lo pasaba en grande. De niño se había dedicado a leer en exclusiva relatos acerca de la vida primitiva. En sus años mozos lo único que le había interesado eran las historias de los hombres de las cavernas. Ahora era profesor universitario, se había especializado en la evolución del ser humano desde que había dado los primeros pasos erguido hasta la invención de la rueda. Conocía la esencia de la naturaleza humana, el cómo y porqué detrás del declive la civilización. Sin embargo, cuando se trataba de vivir de manera primitiva, lo curioso es que se le daba asombrosamente mal.

Se habían conocido en la Ciudad. Habían contratado a Bea para decorar el piso de la universidad donde Glen se había instalado después de que su primer matrimonio terminara. Para ser un piso era sorprendentemente grande, y por lo que dedujo debía de ser una persona importante. Mientras le enseñaba muestras y le explicaba dónde colocaría cada cosa, él le relataba el origen de todos los objetos que había escogido para su hogar. Hacía que el trabajo de Bea pareciera relevante, como un guardián de la historia, de la utilidad, y se casaron. Se comportaba como un padre con Agnes, cuyo verdadero padre era un trabajador de la extensa Zona Industrial de las afueras de la Ciudad, a la que había ido con un permiso de fin de semana. Bea sentía predilección por los hombres así, ya que tenían buenas manos y estaban de paso, y le gustaba su vida y su trabajo tal y como eran en ese momento. También quería a Agnes con locura, aunque sentía que la maternidad era como un chaquetón pesado que estaba obligada a ponerse a diario hiciese el tiempo que hiciese.

Glen había supuesto un cambio agradable. Estaba preparada para él en el momento que llegó. Había albergado la esperanza de que le cambiaría la vida de una manera sorprendente, pero nunca llegó a imaginarse hasta qué punto sería así.

Él era quien estaba al corriente del estudio que quería enviar al Estado de la Reserva a un grupo de personas. Cuando en la Ciudad las cosas empeoraron y la salud de Agnes, como la de muchos niños, se deterioró, él mismo ofreció sus servicios a los investigadores a cambio de tres plazas para Bea, Agnes y él. Bea había acertado con su presentimiento: era una persona importante en la universidad, y los investigadores aceptaron su propuesta sin pensárselo dos veces.

Costó casi otro año de trabajo y espera conseguir el permiso para introducir humanos en lo que esencialmente era un refugio de vida silvestre, la última zona salvaje que quedaba, así como reunir la financiación necesaria y encontrar más participantes. En un principio habían querido buscar veinte voluntarios especializados con conocimientos de flora, fauna, biología y meteorología. Un médico o una enfermera de verdad, y no un simple herborista aficionado. También habría estado bien contar con un cocinero, pero al final tuvieron que completar el grupo con personas que simplemente estuvieran dispuestas a ir. Parecía arriesgado, decía la gente. Era arriesgado. Era algo tan desconocido que incomodaba. Una idea drástica con una realidad aún más drástica. Peor que el suicidio, Bea recordaba haberle oído decir a una madre de su edificio. Había sido una idea difícil de vender. Mientras tanto, Agnes cada vez estaba más enferma.

Durante aquella época, cuando Bea acunaba a su hija para dormirla, a veces se preguntaba qué haría si el plan de Glen no funcionaba o si tardaba demasiado. No se le ocurrían otras opciones para salvar a Agnes. La medicación ya no era suficientemente fuerte. Cada vez que tosía, el pañuelo se teñía de rosa sangre. «Lo que necesita esta niña –había dicho su doctora con pesar– es un cambio de aires». Como esa posibilidad no existía, les recomendó cuidados paliativos, por lo que Bea se encontró por completo a merced de Glen y su ridícula idea.